

«EL SERMÓN DEL CURA LOCO» Y «EL CONCILIO DE OLAVARRÍA»

1. El sermón del cura loco

El pelirrojo vestido de obrero habló con la cabeza y los brazos en alto, como si estuviese hablando con Dios, él y Dios solos. Éstos son los discursos que le valieron fama de loco, pero que ejercían tanta influencia en la gente. Su silueta accionaba como si quisiera nadar o volar, recortada en la luz lunar, entre las clarísimas estrellas y la tierra desolada, como un gran pajarraco en el aire; o un ángel volatinero.

—Heme aquí otra vez pensando en voz alta para decidir el rumbo de una vida que nunca lo ha tenido. ¡Oh mi Dios, hasta cuándo! Heme aquí otra vez teniendo que impulsar y dirigir a otros, yo que ni siquiera comprendo el gobierno de mí mismo, ¡Me acuerdo cuando era niño que estaba subido a un árbol de cerezas comiendo cerezas hasta no poder más y cantando! ¡Oh Dios, cuántos caminos extraños y solitarios desde entonces, por qué me has cargado con tantos mundos y el peso de tantos siglos, como si yo no fuese una caña rota y frágil, como si yo fuese un espíritu inmortal de los que tú gobiernas directamente! Yo no soy un ángel. Dios mío... ¡levanta tú esta carga!

Y bien, supongamos que me he equivocado, que el paso que di en 1949 no fue inspirado por Tí, fue una cosa temeraria, un acto de política y no de religión —y de mala política, como diría Monseñor Fleurette—. Mi respuesta sería que me fue simplemente forzoso, que no me era posible en conciencia hacer otra cosa. Tenía sobre mí el deber hacia mi familia y el deber hacia mi patria, que son previos y no son contrarios al deber religioso. Mi familia había sido destrozada en el Neuquén, y había que salvar a dos

miembros de ella, heridos en cuerpo y alma y descarriados; pero para salvarlos tuve que perderme primero con ellos. Yo estoy hecho de tal manera que no puedo amar a Dios sino a través de las criaturas, es decir, de los prójimos, ¡y todos vosotros estáis hechos semejantemente, y todos los cristianos –menos Monseñor Panchampla!–. Me atrevo a decir que la raíz de los males de la Iglesia Argentina ha sido el olvido de este principio: se ha desencarnado, se especializó y eclesiasticó demasiado, olvidó en la práctica que la gracia supone la natura, y se ha vuelto una sociedad demasiado artificial, siempre la Iglesia será una sociedad artificial, o mejor dicho «cultural», pero ahora se volvió una sociedad ARTIFICIOSA!

—¡Los curas cobardes! ¡Los curas avarientos! ¡Los curas licenciosos! –gritaron de abajo varias voces.

—¡Los conozco mejor que ustedes! Son menos, y menos culpables de lo que ustedes piensan; pero los pocos o muchos que haya, con el apoyo del Gobierno empeñado en dividirnos, son la cabeza de puente de la Herejía entre nosotros. Tomad por ejemplo a los Jesuitas.

El imponente preste yanqui hizo un movimiento de protesta.

—Dejemos por el momento a los jesuitas –dijo el orador, después de un breve silencio recapitativo–. ¡Que Dios los ampare, lo mismo que a nosotros, que buena falta les hace, quiero decir NOS hace! Reverendo cofrade: ya le voy a decir esta parrafada a usted en particular...

Los ojos de los oyentes se volvieron hacia el gringo rubio, espigado y alto, parecido al finado Eisenhower.

—Estaba hablando de mi fatal conexión con los revolucionarios peludistas o peralistas o cristeros –clarineó el Cura–. No puedo menos de creer que fue determinada por la Providencia. Empecé a asistir espiritualmente a los católicos más necesitados, conforme a la parábola del Buen Pastor, muchos de los cuales por lo demás, me eran íntimamente cercanos; y esa asistencia espiritual me llevó muy lejos, porque se dobló de una ayuda temporal, lo cual en el caso era inevitable: injustamente oprimidos por la herejía, eran los elementos más sanos del país, y en parte los más distinguidos ¡en todos los órdenes! Aun sin entrar en la discusión de la licitud de la escarapela Damonte, yo tenía que tener compasión (y

no me tendría de no por discípulo de Cristo) de los que sufrían por razones de conciencia al no querer llevar la escarapela sospechosa. No tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos. Por lo demás, al no necesitar para nada de mi larga preparación intelectual y mis títulos académicos, antes bien mirarlos con umbrosidad y suspicacia, la Curia los dejó libres para usarlos como Dios mejor me diera a entender. Porque ¡usarlos debía! Nadie toma una linterna y la pone adentro del «canastro» de la ropa sucia. El caballo de carrera que no corre, se pone neurasténico...

Supongamos que todos nos hemos equivocado y nos hemos lanzado a una empresa sin éxito posible. Pero nosotros no hemos defendido en el fondo una cosa puramente temporal, sino una causa eterna, no desencarnada sino encarnada en un cuerpo carnal y en una patria terrenal. Por eso decimos que Dulcinea es símbolo de la patria y de la hermosura; y la hermosura es figura de Dios. La novela de Cervantes es la más grande novela del mundo, porque ha expresado el núcleo de la filosofía del Cristianismo: la empresa quijotesca por la búsqueda de la hermosura ideal, Dulcinea, que no es una idea, sino una persona humana, llámese por el momento Aldonza Lorenzo... y no sé si digo disparates, Reverendo Cofrade –interrumpió el Cura, volviéndose al yanqui, que estaba nerviosísimo–, Dulcinea, aunque fuera de mi «subjetividad» no sea más que una campesina zafia, pero que dentro de mi fe, dentro de la presión heroica de la mente del caballero, que es la fe, no es Aldonza Lorenzo ni es un sueño vano, es real, es más real que todas las realidades materiales, y la prueba está en los grandes hechos que inspira y las hazañas que produce... Concretamente, nosotros los cristeros hemos defendido a una mujer que andaba a caballo por la Patagonia haciendo locuras en defensa, ella, de la patria, por lo cual merecía ser Reina, y lo era; y yo, yo en defensa de ella, yo que me he metido en todo este berenjenal porque tenía de defenderla la obligación más cierta y primitiva!

Supongamos que este movimiento sea ahogado en sangre, como lo fue el movimiento vendeano cuando la Revolución Francesa ¡y tantos otros nacidos con móviles santos, y después fracasados, como la sexta y la séptima cruzada! *Bellum fácere cum sanctis et vincere eos*. Pero Dios nunca ha pedido al hombre que venza sino que no sea vencido. Si con recta conciencia caemos, con recta intención y evitando en nuestra lucha toda maldad y mentira,

hemos dado testimonio de que creemos que lo divino existe en lo humano, hemos atestiguado indirectamente la Encarnación del Verbo, y hemos traspasado a Dios la obligación de la defensa y la venganza. Bien sé yo que los estados son cosas creadas –y creadas por el hombre por cierto– y que un día serán instrumento del Hombre de Pecado, Hijo de la Perdición. Pero mientras no me conste que ya todo está viciado y no hay ya resquicio a la esperanza, tengo derecho –tengo derecho porque tengo deber– de propugnar todos los valores humanos y culturales creados por la Iglesia del Occidente, y que llevan para mí el nombre de República Argentina.

Un vociferío enorme se levantó de abajo: «¡La patria! ¡La patria!», tan unido y fuerte que llegó hasta el cielo.

—Porque yo no defiendo ahora sino solamente mi FE –gritó el Cura cuando se apagó el vocerío–, contra la herejía más sutil que existe, la última herejía, dentro de cuyo caldo nacerá el Anticristo. Muchos de vosotros defendéis el ser histórico de esta nación, que habéis aprendido a amar, como Uriarte por ejemplo; otros defendéis o vengáis directamente vuestros bienes arrapiñados, que consideráis con razón requisito necesario de vuestra vida moral y racional; como por ejemplo el tagarote de Quiroga Quintana. Pero yo defiendo directamente la fe católica. Porque este democratismo que se nos impone a la vez con la mentira y la violencia, es una cosa religiosa, es el Cristianismo de Cristo transformado en el Cristianismo de Panchampla, adulterado, tergiversado y vaciado de todo su contenido; y rellenado por Juliano Felsenburgh de un contenido satánico...

—¡Obra de los judíos! –gritó uno; y un gongo impuso silencio.

—A la manera que la Iglesia dice: *Extra Ecclesiam nulla salus*, ahora esta Contra-Iglesia o mejor dicho Pseudo-Iglesia proclama: Fuera de la «democracia» no hay salvación. A los que no admitimos esta sublimación ilegítima de un sistema político en dogma religioso, nos llaman peralistas o nazis o Cristóbales. El ser «nazi» corresponde a una nueva categoría de crimen, peor que el robo, el asesinato, el adulterio y cualquier delito común; no de balde a la policía que lo persigue llaman Sección Especial. En realidad, corresponde al delito que en otro tiempo se llamó



«herejía»; por eso dije que este «liberalismo» triunfante ahora es una cosa religiosa: es una religión falsa, peor que el mahometismo. ¡Se nos quiere hacer creer que la guerra de Norteamérica contra Asia es una Cruzada, una «guerra santa»! Se ha inventado y puesto en acción contra nosotros una Inquisición mucho peor que la antigua, «diametralmente» peor –como sería por ejemplo la inversión sexual con respecto a la simple lujuria–. Se está repitiendo lo que pasó en Inglaterra en los siglos XVII y XVIII con la palabra «papista», y con los que ella designaba, que eran los cristianos mejores, que fueron extirpados limpios del país en forma total; con la diferencia que ahora el proceso es mundial, y se esconde detrás de una hipocresía mucho más adelantada. ¡Nos matan en nombre de la libertad y en nombre de Cristo!

Toda esta persecución se hace en nombre del Cristianismo, del cual se han conservado los nombres vaciados y los ritos falsificados, llegándose hasta el fingir una adhesión zalamera y enteramente inefectiva al Sumo Pontífice de Roma. Se mantiene el aparato burocrático de las Curias y aún se fomenta su hipertrofia, pero todas las asisas sobre que el Cristianismo Romano se asienta... como la independencia de la familia y la propiedad privada, la justicia social, el principio de legitimidad de los gobiernos, el control sobre los gobernantes, la decencia pública, la convivencia caritativa... la LEY en fin... todo eso ha sido aniquilado, de sobra lo sabéis, lo habéis sufrido en carne propia... haciendo al mismo tiempo mucho ruido con todas esas palabras. Se favorece al clero menos digno, en una diabólica selección al revés, y de hecho se ha creado un cisma en él, con el sencillísimo arbitrio de dar las sillas episcopales, no a los más dignos, que son los más doctos... no a los más inteligentes y espirituales, sino a los más políticos y puerilmente «piadosos». Pero ¿a qué seguir? Todos lo conocéis por haberlo sufrido, mejor que yo. La adoración de Dios está siendo sustituida imperceptiblemente por la adoración del Hombre; y eso sin suprimir a Cristo, sino reduciéndolo súbdolamente a hombre. El misterio de Iniquidad, que consiste en la inversión monstruosa del movimiento adoratorio de hacia el Creador en hacia la Creatura se ha verificado del modo más completo posible, sin suprimir uno solo de los dogmas cristianos, como la Virgen Madre, el Santísimo Sacramento, el Crucificado, solamente con convertirlos en «mitos», es decir, en símbolos de lo divino que

ES lo humano, como dijo el gran escritor español Unamurri... y yo mismo hace un momento, en otro sentido. De vosotros no sé; de mí sé decir que no hay descanso para mí, fuera de la muerte, mientras esta abominación subsista...

El Cura se detuvo un momento y miró a su gente; y la vio sólo mediocrementemente interesada. El lungo yanqui hablaba acaloradamente con un grupo de oficiales, la gente de abajo se movía, de repente se produjo un revuelo en ellos y apareció el Mulato muy afanoso buscando a alguien. El Cura suspiró profundamente, y volvió a disertar, esta vez en tono más grave y atristado:

—El vástago de membrillo de cualquier manera que se lo plante, sale; pero la estaca de higuera hay que enterrarla oblicua, las tres partes dentro la tierra y el cogollo afuera. En todo esto que he hecho yo, no he comprometido a nadie sino a mí mismo; y aunque estoy casi seguro que camino según la mente del Padre Santo, sin embargo no he comprometido a Roma. Para esto ha servido también la hostilidad de la Curia, para darme libertad. Es terrible ser mal visto de los mismos superiores; pero lo que se pierde en favor, se gana en independencia. Ahora hemos llegado al final de nuestra aventura. ¿Qué haremos?

En la gente hubo un movimiento de expectativa, y algunos repitieron la interrogación.

—¿Qué haremos? Vosotros esperáis de mí respuestas de profeta y yo no soy profeta, respuestas de político y yo no soy político, soy solamente teólogo; y aun ni tanto. Un profeta podría responder en forma absoluta, un político en forma conjetural, yo puedo responder en forma condicionada.

El porvenir próximo del mundo depende del problema teológico de si Cristo ha de volver a consumir su Reino antes del fin del mundo o juntamente con el fin del mundo... —dijo meditativamente.

—Si la Parusía, el Reino de Dios, el Juicio Final y el Fin del Mundo —quiero decir, del ciclo adámico—, son cosas simultáneas, como enseña la Facultad de Teología de esta República, es muy probable que antes de esa liquidación total alboree en la historia un gran triunfo de la Iglesia y un período de oro para la religión cristiana —como cree el capitán Arrieta—, el último período por



cierto, en el cual se acaben de cumplir las profecías, principalmente la de la Conversión del Pueblo Judío y del Único Rebaño con el Único Pastor. Ese período no podrá ser largo; quizá el tiempo de una vida humana; y después volverán con la fuerza incontrastable de la catástrofe las fuerzas demoníacas tremendas que vemos en acción en estos momentos.

—¡Eso creo yo! —gritó el segundo de los oradores.

—Pero si Cristo ha de venir antes, a vencer al Anticristo, y a reinar por un período en la tierra; es decir, si la Parusía y el Juicio Final no coinciden, sino que son dos sucesos separados, como creyó la tradición apostólica y los Santos Padres más antiguos... entonces esa esperanza de un próximo triunfo temporal de la Iglesia, tan predicado por Monseñor Fleurette, no vale; ni tampoco todas las profecías particulares que se apoyan en ella. Entonces la actual persecución irá aumentando hasta su máximum —y la voz del orador tembló con un íntimo pavor— entonces su afianzará la gran apostasía sonarán las últimas trompetas derramando las últimas fialas y la «tribulación magna, cual no la ha habido desde el principio del mundo acá», la persecución externa e interna a la vez hasta el grado de lo insoportable, que deberá ser abreviada para que no perezca toda carne, ¡oh hermanos míos!, está sobre nosotros, y nadie puede escapar a ella. ¡Nadie: ni buenos, ni malos!

Se hizo un movimiento de asombro en el auditorio, que estaba ahora pendiente de nuevo del extraño discurso. Una voz gritó estridente: «¿Y tú qué dices?»

Antes que pudiese contestar, se adelantó el Jesuita yanqui y gritó:

—Urge la disolución de esta asamblea, porque parece que hay peligro, aunque no deben alarmarse. Tengo una importantísima proposición que hacer. Vengo de Roma con una misión del Papa...

El otro cura le dio un empujón bastante brusco, y concluyó:

—Yo os digo: *morituri te salutant*. Elijamos la peor hipótesis. Pongamos la esperanza en Cristo y en su Venida, y nadie puede vencernos...

—¡Osté poner a mí una pulga en la oreja! —gritó el extranjero.

Se había encaramado en el púlpito y gritaba:

—El Adelantado del Río de la Plata les propone por mi medio la paz, prometiendo ¡amnistía general para todos! y la derogación de los incisos religiosos de la Ley Damonte, principalmente los artículos acerca del insignia, y de la enseñanza obligatoria del Neo-catolicismo en las escuelas...

—¿Amnistía para todos? ¡Amnistía para todos! —decían abajo en medio de un garabato de voces.

—El Padre Santo de Roma, muy preocupado por la Argentina, y sin noticias ciertas, me mandó en misión diplomática extraordinaria, rogándome me afanase por conseguir la paz. Interpretando la intención del Santo Padre, yo he negociado con el Adelantado. El Gobierno está ahora en las mejores disposiciones... —leía el yanqui en un papel.

—¿Y quién responde del cumplimiento de esa palabra del Gobierno? —gritó Uriarte.

—La palabra de honor del Adelantado y del Señor Arzobispo de Buenos Aires, o por mejor decir, de la Curia Arzobispal.

—Nos trucidarán a todos apenas depongamos las armas!!! ¡La palabra de «este» gobierno! ¡Puah! ¡No vos dejéis embaucar! —gritó el Desesperado Quiroga Quintana.

En ese momento se oyó un silbido agudísimo, y el estampido seco de un antiaéreo. «Alarma, el enemigo a la vista, dispersarse en orden», gritaron los jefes. El estruendo horrísono de una bomba cubrió por un momento el estrépito graneado de la defensa antiaérea. Los faros empezaron a barrer el cielo. De todos los puntos del horizonte, semejantes a pejerreyes de plata en la limpia luz lunar, confluían sobre el aeródromo Graffigna los aviones de guerra «leales».

—¡A mí! ¡Salvemos a Dulcinea! —gritó Edmundo. Pero todas las motos habían apagado sus faroles y el desbande se producía en la confusión y en la oscuridad taladrada de gritos. Edmundo seguido del Mulato y algunos reclutas, se lanzó al gran estrado y le prendió fuego.

El incendio alumbró un amplio círculo, pero ni Dulcinea ni el Cura aparecían por ningún lado. «¡Miseria!», gritó Edmundo. Y se tendió en un surco del terreno para escapar al tremendo trabajo



de las bombas. Allí, al lado suyo, vio relucir vivamente en el suelo un objeto fulgente, que mostró ser al alcanzarlo el relicario de oro que llevaba al pecho la fantasmal princesa...

El bombardeo de San Juan la Vieja, que fue materialmente arada de bombas de 500 libras, fue un suceso histórico para la Argentina, porque marcó el fin de la rebelión de los Cristóbales, deshaciéndoles toda esperanza. El país no supo nunca bien lo que pasó allí, porque los diarios empezaron a tejer tal maraña de mentiras en torno de él, que al poco tiempo se había convertido en un novelón increíble. Por lo demás, la gente no creía ya a los diarios —a no ser los sonsos; los cuales son muchos, pero no son gente.

Quizá el resumen mejor del suceso lo dio un chiquilín correntino llamado Eusapio Cabral, que estaba enfermo pasando una temporada con una tía en San Juan la Nueva. Cuando volvió a Corrientes le preguntó su padre: —¿Qué tal San Juan? —Son todos locos —dijo el pibe. —¿Por qué? —¡La tía me hizo dormir tres noches debajo de un colchón! —¿Qué había? —Bombas. ¡Bum, bum, bum! —¿Qué pasaba? —Peleaban los soldados. —¿Qué soldados? —Soldados buenos y soldados malos. —¿Y cuáles eran los buenos? —¿Y yo qué querés que sepa, si todos estaban vestidos igual? —dijo el pibe muy satisfecho, mirando al padre con los ojitos medio cerrados.

2. El Concilio de Olavarría

—Los patos cuando llueve están contentos —comenzó—, Venerables hermanos, os doy las gracias en nombre de Cristo. Estoy lleno de entusiasmo y de viveza, como un potrillo en primavera; pero yo no estoy ya en primavera. Tengo ya como dos mil años de edad. He tomado mate toda la tarde y he orado tres días arreo. Dentro de poco sonará la hora en que nació el Hijo de Dios, que es nuestro Rey, hace dos mil años. El relator va a leer los resultados de las deliberaciones.

Bendijo de nuevo y se sentó.

En vez del Relator, fue el viejo Chávez el que tomó los legajos y comenzó a informar con una voz de canto gregoriano sobre el estado de «la causa de Dios» en el país. Edmundo no seguía los

tecnicismos eclesiásticos, no le interesaban tampoco esas cosas de gente atrasada y desesperada, aunque buena y pintoresca, que a su juicio tenían que acabar necesariamente, frente al progreso moderno. Lo que le interesaba eran noticias de Dulcinea, de la que un gran cuadro al óleo mostraba a mano derecha la estampa soberbia; y también su amigo de al lado, que escuchaba los informes con aire distraído, escribiendo notitas con un lápiz en un sobre de oficio.

Chávez hablaba de las órdenes religiosas: dispersas de hecho. Los salesianos persisten diseminados en todo el país; y en el sur del país y en Corrientes conservan todavía conventos y sotanas, «lo cual nos parece inútil». En Marel Plata hay un grupo numeroso de ellos, que hacen servicio de «chasques», o sea misioneros. Los Padres de Don Orione se llaman «enfermeros a domicilio» y viven dispersos. A los benedictinos les han quitado todas sus tierras y subsisten como «ermitaños urbanos» o sea solitarios; los franciscanos han sido exterminados; los dominicos se han fusionado con los Padres del Verbo Divino y se llaman ahora «Siervos del Verbo»; tenemos uno de ellos de maestro de segunda en la escuela del Hotel de Dios –y muy discretamente que lo hace por cierto–. Los jesuitas se han partido en dos facciones, una que rindió obediencia al Pseudo Papa Cecilio, la más numerosa; la otra que resistió, según nuestras noticias: se alberga como puede en Polonia, España, Germania Superior, Inglaterra y el norte de Italia. De la Argentina fueron expulsados por el Irreprochable; si hay algunos, no tenemos noticias del paradero.

—Los conventos se habían «conventualizado» demasiado –interrumpió con voz débil y cascada el viejito Amancio.

—Oigamos esto –ordenó el Cura.

El Inspector de Santiagolestero se levantó lentamente. A su lado se sentaban otros cuatro ilustres, ancianos, Amándola, Inspector de Pergamino, el gran nudo ferroviario después de la caída de Buenos Aires, y ciudad enorme y tumultuosa; Moledo, Inspector de Resistencia, otra urbe, capital de la Gobernación del Paraguay; Sagredo, Inspector de la Paz; Sáa, Inspector de Punta del Este. Uriarte, el capitán de la Guardia, se mantenía erguido como un fabuloso pájaro negro con motas verdes en el fondo del escenario. Los centinelas se erguían inmóviles arma al brazo en todas las puertas.



—Las órdenes religiosas se habían «sentado» a mediados de este siglo —dijo el viejo Amancio sonriendo. Tenía una carita redonda y humorosa, con dos pómulos muy arrebolados, parecía uno de los borrachos de Velázquez, una calva perfecta y un cuerpo petizo, rechoncho y movedizo.

—Se habían «sentado» —acentuó—.

Los frailes se iban «cortando» de los demás fieles y vivían más seguros y (en cierto sentido) más cómodos que nosotros. Se tenían por diferentes de la demás gente, la gente nuestra los tenía ipso facto por santos, y muchos de ellos se lo creían; en suma, se creían «salvos» por una exterioridad, que es vivir enclaustrados. Pero la «salvación» es interior, no exterior. Yo tengo una reverencia enorme al movimiento monástico de la Edad Media... pero ahora ya... no sé, pasaba algo raro que no puedo explicar bien. Les diré: como un chiquillo murrioso, que se esconde de enojo, pero al mismo tiempo procura que la madre lo vea para que lo vaya a mimar, así hacían éstos con respecto al «mundo». Proclamaban que huían del mundo, pero lo proclamaban muy fuerte, de modo que en realidad no huían... ni se escondían.

—La persecución manifiesta y oculta a la vez —dictaminó el jefe— obró eso... El liberalismo triunfante... incluso adentro de algunos conventos.

—La persecución religiosa se aprieta continuamente —prosiguió informando Chávez—. Basta que se pruebe que uno ha sido fraile, pena de muerte que te crió —o las minas de Tierral Fuego—. En las minas de hierro y de carbón de la Patagonia, en los pozos petrolíferos y destilerías de nafta, trabajan millares de los nuestros, y es un martirio peor que el fusilamiento. En Bolivia, en la Provincia de Santa Cruz y en Corrientes, las condiciones religiosas son un poco mejores. En Corrientes por ejemplo la población ha desacatado tenazmente el Código Damonte, y las leyes antirreligiosas Ingegneri a pesar de tremendas sanciones. Aquello ha sido un hervidero de sublevaciones; aun ahora persisten allá los guerrilleros cristeros, lo mismo que en San Juan, Jujuy y Mendoza, Ha aparecido un caudillo genial entre los correntinos, un tape llamado Protasio; su cabeza está puesta a precio. Parece un estratega genial. Pero dudamos pueda resistir a la presión creciente. Juliano Felsenburgh...



—¿Y qué hay de ese hombre? —preguntó una voz de abajo.

—Está en contra nuestra, eso es lo seguro. Poco sabemos de cierto acerca de él, excepto los hechos resonantes que son públicos. Una amenaza tremenda contra la religión había en su último «speech», aunque oscura; ustedes han visto el entusiasmo frenético que despertó en las turbas la última vez, hace una semana, que habló al mundo entero por televisión. Yo he visto escenas increíbles. Literalmente, muchísima gente lo «adora»; y no solamente entre el populacho.

—Hace mucho que el hombre había comenzado a adorar al Hombre —comentó el Jefe.

—Indudablemente tiene un poder estupendo e inconmensurable.

—Ese poder no es suyo.

—¿De quién es? —preguntó el de la orquesta, un Inspector de unos sesenta años llamado Mandrioni.

—Ese poder se lo dan nuestros pecados —aseveró el Jefe—, la corrupción y el cretinismo del mundo. Cuando más penitencia hagamos, menos poder tiene ese hombre sobre nosotros.

—¡Penitencia! —exclamó Mandrioni—. Bonita cuaresma estamos pasando. No se puede aguantar más, usted lo sabe.

—Ésa es la mejor penitencia: es de Dios y no de los hombres.

—¡De todas partes! —dijeron varios del auditorio—. ¡De arriba, de abajo, del frente, de atrás, por todo, de Dios, del Estado, de las turbas, de los falsos hermanos y del demonio, persecución por todos lados ... Dios parece haber abandonado a su Iglesia...

—«*Ecclesia de medio fiet*» —pronunció el Cura Loco—. Eso lo dijo el mártir Justino, el primer comentador del Apocalipsis, en el siglo segundo... La Iglesia será quitada del medio...

